

## INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A LA FAMILIA ORUETA

Palabras de Francisco de Luis Orueta en representación de la familia en el acto de descubrimiento del monumento, 13 de agosto de 2021

Quiero decir ante todo que estoy muy contento, y como no hablo por mi (aunque también) sino en representación de la familia Orueta, esto significa que la familia está muy contenta y agradecida. Estamos agradecidos al Señor Alcalde por su gestión inteligente recuperando para Málaga el apellido de unas personas que participaron de una manera singular en el progreso de esta ciudad a lo largo del siglo XIX, agradecidos al Presidente de la Academia Malagueña de Ciencias por su fidelidad al ideal que inspiró a los fundadores de la Sociedad Malagueña de Ciencias entre los que se encontraba Domingo de Orueta y agradecidos a Málaga, la ciudad de la que formamos parte esta familia desde 1825. Me atrevo a decir que todos los descendientes de aquel que hace 200 años llegó, vivió y murió en esta ciudad única, aun los que no vivimos aquí, nos sentimos plenamente vinculados a ella.

Pero estoy hablando de la familia Orueta como de un bloque, impersonal, casi abstracto,

cuando realmente estos Orueta de Málaga no somos tantos, casi podríamos cuantificarlos. Si nos fijamos en mis contemporáneos, a los que yo he conocido o podría haber conocido, – nuestros padres, nosotros mismos, nuestros hijos y nietos... – son cinco, seis, siete generaciones. Y no tan dispersos: hay, además del núcleo malagueño (parte del cual está aquí compartiendo emoción con nosotros), el núcleo asturiano (definido y compacto) y el núcleo madrileño, más heterogéneo, pero también identificado. Algunos, pocos, llegaron al otro costado (recordemos a Juan Oyarzabal, valiente marino, después físico en México).

Como sabéis, se ha dicho ya, Ricardo de Orueta Duarte salió de Málaga a Madrid atraído por el ambiente de la Institución Libre de Enseñanza y fue, tras su amigo Alberto Jiménez Fraud, a la Residencia de Estudiantes. Ricardo mantuvo siempre relación con su primo, mi abuelo Paco de Orueta Estébanez-Calderón, también amigo de Alberto. Juntos habían animado la vida cultural de Málaga en



Francisco de Luis Orueta leyendo su discurso.

los primeros años del siglo XX. Pero ellos, lejos de Málaga, siempre volvían.

Veintitantos años después, clausurada la Residencia al comienzo de la guerra civil, Ricardo se refugió en casa de Paco y juntos la sufrieron. El, Ricardo, no la sobrevivió, murió allí poco antes de que acabara; Paco no vivió mucho más, murió a los dos meses de mi nacimiento, en 1944, en el Castillo de Santa Clara en Torremolinos. Como digo, siempre volvieron.

Pero estamos delante casi de la casa que construyó el primero de nosotros en Cortina del Muelle 5 (entonces 65), en la que habitaron sus hijos (tres hermanos uno de los cuales, Domingo, hoy queda inmortalizado en este precioso monolito).

En esta casa mi abuela materna, Martha Wallwork, reincidente ella, se casó por segunda

vez con un Orueta (la primera vez lo había hecho con Luis de Orueta Duarte, hermano de Ricardo y Domingo también inmortalizados en nuestro monolito). Su hija, la de este segundo matrimonio, Martita, mi madre, fue una de los últimos Orueta que nacieron en la casa. Martita, a pesar de que de niña se fue a Asturias, siempre volvió, a veces conmigo niño. Ella fue también nexo de unión de las tres ramas en que el árbol Orueta se había abierto: adoraba a la tía Leonor y al tío Txomin a quien siguió tratando en Asturias, sus amigas del alma fueron Mariquilla Loring y M.<sup>a</sup> Teresa Oyarzabal.

Si los espíritus volvieran al lugar en que se encarnaron, mi madre estaría ahí, viendo desde uno de esos balcones este homenaje, emocionada y contenta como todos nosotros. Pero ... ¿Por qué digo mi madre? todos los que se fueron porque todos han vuelto.